

III

La emboscada

Habría pasado media hora de la escena que acabamos de referir, cuando volvió á abrirse con precaución la ventana que tan bruscamente habia sido cerrada en el parador de Maese Biscarrós; y después de haber mirado con atención á derecha é izquierda, se apoyó sobre el antepecho de ella un joven de diez y seis á diez y ocho años, vestido de negro, con puños plegados según la moda de aquel tiempo; una camisa de fina batista bordada salía orgullosamente de su justillo, y caía ondulando sobre sus calzones galoneados de cintas: su mano pequeña, elegante y torneada, verdadera mano de estirpe, frotaba con inquietud unos guantes de gamo bordados en sus costuras: un sombrero de color gris de perla, cimbrado á su extremidad bajo el doblez de una magnífica pluma azul, sombreaba sus cabellos largos y tornasolados de reflejos dorados, que adornaban perfectamente un rostro ovalado, de tez blanca, labios rosados y negras pestañas. Pero es preciso decirlo: todo este gracioso conjunto que debía hacer del joven uno de los más preciosos caballeros, estaba en aquel momento velado bajo un tinte sombrío, con cierto aire de mal humor, que sin duda procedía de una inútil espera; porque el joven fijaba

incesantemente su ávida mirada en el camino, confundido ya á lo lejos en la bruma de la tarde.

Golpeaba con impaciencia su mano izquierda con los guantes; á cuyo ruido el hostelero, que acababa de desplumar sus perdices, levantó la cabeza, y quitándose su gorro le dijo:

— ¿Á qué hora cenaréis, mi señor hidalgo? porque sólo esperamos vuestras órdenes para servirlos.

— Ya sabéis, le contestó aquél, que yo no ceno solo, y que espero á un camarada; cuando le veáis llegar podéis disponer desde luego nuestra comida.

— No lo digo, caballero, contestó Maese Biscarrós, por censurar á vuestro amigo: él es dueño de venir ó de no venir; pero es muy mala costumbre esta de hacerse esperar.

— No lo acostumbra por cierto; y por eso su tardanza me admira.

— Pues á mi no sólo me admira, señor, sino que me aflige: el asado se va á quemar.

— Quitadle del asador.

— Entonces va á estar frío.

— Poned otro al fuego.

— No estará cocido á tiempo.

— Siendo así, amigo, haced lo que queráis, dijo el joven, no pudiendo menos de sonreirse, á pesar de su mal humor, al ver la desesperación del fondista; os abandono á vuestra suprema sabiduría.

— No hay sabiduría, como no sea la de Salomón, respondió aquél, que baste á hacer bueno un manjar recalentado.

Dicho este axioma, que veinte años después debía poner en verso Boileau, entró Maese Biscarrós en su fonda moviendo tristemente la cabeza.

Entonces el joven, como para entretener su impaciencia, hizo sonar sus botas sobre el suelo de la habitación, volviendo poco después vivamente á la ventana, al ruido lejano de los pasos de un caballo que creyó haber oído.

— Gracias á Dios, exclamó por último: ya está ahí.

Con efecto, á la otra parte del bosquecillo en que cantaba el ruiseñor, y á cuyos melodiosos acentos no había el joven prestado atención alguna, por causa sin duda de su preocupación, vió aparecer á un caballero; pero con grande admiración, esperó en vano que desembocase en el camino: el recién venido tomó á la derecha, y penetró en el bosquecillo, donde no tardó en perderse de vista su sombrero; prueba cierta de que el caballero había echado pie á tierra. Un momento después el observador percibió al través de las ramas, apartadas con precaución á uno y otro lado, una casaca gris y el destello de uno de los últimos rayos del sol poniente, que reflejaban sobre el cañón de un mosquete.

Quedóse el joven pensativo en la ventana, porque efectivamente el caballero que se ocultaba en el bosquecillo, no era el compañero que esperaba; y á la expresión de impaciencia que crispaba su elástico semblante sucedió cierta expresión de curiosidad.

No tardó mucho en aparecer otro sombrero en el recodo del camino, y entonces el joven se ocultó de manera que no pudiese ser visto.

Reprodujose la misma escena anterior: el nuevo personaje que acababa de llegar y traía también casaca gris y mosquetón, dirigió acto continuo al primero algunas palabras, que á nuestro observador no le fué posible comprender á causa de la distancia; y á consecuencia de las instrucciones que sin duda le dió su compañero, internóse en el soto paralelo al bosquecillo, bajóse del

caballo, y agazapándose tras de una piedra, esperó.

Desde el puesto elevado en que se hallaba el joven, veía asomar el sombrero detrás de la piedra, y al lado del sombrero brillar un punto luminoso: este reflejo procedía de la extremidad del cañón del mosquete.

Un sentimiento de vago terror cruzó por la imaginación del joven hidalgo, que observaba esta escena ocultándose cada vez más.

— ¡Ay! ¿Si será á mí y á los mil luses que llevo conmigo lo que buscan? Pero no, porque suponiendo que Richón llegue, y que yo pueda ponerme en camino esta misma noche, voy á Liburnia y no á San Andrés de Cubsac; por consiguiente no tengo que pasar por el sitio en que se han emboscado esos malvados. Si al menos estuviese aquí todavía mi viejo Pompeyo, le consultaría... Pero, si no me engaño, aquellos son otros dos hombres más, y vienen á reunirse con los primeros. ¡Hola! esto tiene todas las trazas de una reunión sospechosa.

Y diciendo esto el joven dió un paso atrás.

Efectivamente, en aquel momento otros dos caballeros aparecían en el mismo punto culminante del camino; pero esta vez sólo uno de ellos vestía casaca gris. El otro iba montado sobre un poderoso caballo negro, y embozado en una magnífica capa; llevaba un fieltro galoneado y adornado de una pluma blanca; y bajo la capa, que el viento de la tarde levantaba, se dejaba ver un riquísimo bordado que brillaba serpenteando sobre una ropilla de color de nácar.

Hubiérase dicho que el día prolongaba su duración para alumbrar esta escena: porque los últimos rayos de sol, desprendiéndose de uno de esos grupos de nubes negras que se extienden á veces de una manera tan pintoresca en el horizonte, encendieron súbitamente los

destellos de mil rubíes en los vidrios de una lindísima casa situada á unos cien pasos del río, y que el joven no hubiera percibido sin esta circunstancia, por estar escondida entre las ramas de un espeso arbolado. Este aumento de luz permitía observar desde luego, que las miradas de los espías se dirigían alternativamente, de la entrada del pueblo, á la casa de los brillantes cristales; notándose asimismo que los de las casacas grises parecían tener el mayor respeto al de la pluma blanca, á quien no hablaban sino con el sombrero en la mano: observándose por último que habiéndose abierto una de las ventanas iluminadas, salió al balcón una mujer, se inclinó un instante hacia fuera, cual si esperase á alguno, y volvió á entrar en seguida temiendo sin duda ser vista desde el campo.

Al mismo tiempo que aquélla se ocultaba, se iba perdiendo el sol detrás de la montaña, y á medida que bajaba, parecía sumergirse en la sombra el piso bajo de la casa: la luz, abandonando poco á poco las ventanas, se remontaba á los techos de pizarra, y desaparecía, en fin, después de haberse solazado un momento en un manojito de flechas de oro que servía de veleta.

Cualquiera inteligencia mediana habría encontrado allí un considerable número de indicios; y si sobre estos indicios no podían establecerse certezas, podían deducirse á lo menos probabilidades.

Era, pues, probable que aquellos hombres espíasen la casita aislada, sobre cuyo balcón había aparecido por un instante una mujer.

Asimismo era probable que aquella mujer y aquellos hombres esperasen á una misma persona, aunque con muy diversas intenciones; y además, que la persona esperada debiese venir por la aldea, y por consiguiente

pasar por delante del parador, situado entre la aldea y el bosquecillo, como éste lo estaba á la mitad del camino del parador á la casa. Y por último, que el caballero de la pluma blanca fuese el jefe de los caballeros de casaca gris, y que á juzgar por el ardor que desplegaba empuñándose sobre sus estribos para ver más á lo lejos, este jefe estaba celoso, y acechaba sin duda por su propio interés.

En el mismo momento en que el joven acababa de hacer esta serie de raciocinios mutuamente encadenados, se abrió la puerta de su habitación, y entró en ella Maese Biscarrós.

— Mi querido huésped, dijo el joven, sin dar lugar al que tan á propósito llegaba á exponerle el motivo de su visita; motivo que desde luego adivinó: venid acá, y si mi pregunta no es indiscreta, explicadme á quién pertenece aquella casita que se vé allá abajo como un punto blanco en medio de los álamos y de los sicomoros.

El huésped siguió con los ojos la dirección del dedo indicador; y rascándose la frente, dijo con una sonrisa que trataba de hacer picaresca:

— Lo ignoro á fé mía; porque tan pronto pertenece á uno como á otro... Vuestra puede ser, si es que tenéis algún motivo para buscar la soledad; bien sea que deseéis ocultaros, ó ya sea solamente que queráis ocultar allí á cualquier otro.

El joven se sonrojó.

— ¿Pero quién habita hoy esa casa?

— Una señora joven, que se hace pasar por viuda, y á quien viene de tiempo en tiempo á visitar la sombra de su primero, y tal vez la de su segundo marido. Sólo hay una cosa en esto de particular, y es que las dos sombras

probablemente se entienden entre sí, puesto que jamás llegan á encontrarse.

— ¿Y hace mucho tiempo, preguntó el joven sonriendo, que habita la hermosa viuda esa casa aislada, tan á propósito para recibir apariciones?

— Hará dos meses, con corta diferencia; y siempre está tan retirada, que creo no habrá persona que pueda jactarse de haberla visto durante este tiempo, porque sale rarísima vez, y cuando lo hace, es sólo cubierta con un velo. Una camarera, muy linda en verdad, viene todas las mañanas á encargarse en mi fonda la comida para todo el día; se la llevan, ella recibe los platos en el vestíbulo, paga generosamente, y acto continuo da con la puerta en las narices al criado que le envió. Esta noche tienen festín, y precisamente para ella es para quien yo preparo las codornices y perdices que me habéis visto desplumar.

— ¿Y á quien le da de cenar?

— Sin duda á una de las dos sombras de que os he hablado.

— ¿Habéis llegado á ver alguna vez á esas dos sombras?

— Sí, sólo pasar, de noche, después de puesto el sol, ó de mañana, antes de alumbrar la aurora.

— No me queda la menor duda de que los habréis mirado con detención, mi querido Biscarrós, pues se conoce con sólo que pronunciéis una palabra, que sois un buen observador. Veamos, ¿qué habéis notado de particular en el aire de esas dos sombras?

— La una viene á ser un hombre de sesenta á sesenta y cinco años, y ésta me parece ser la del primer marido, porque viene con la seguridad que da á un hombre la autoridad de sus derechos: la otra es la de un joven de

veintiséis á veintiocho años; y ésta, debo decirlo, es más tímida, y tiene enteramente el aire de un alma en pena. Así es que yo juraría que es la del segundo marido.

— ¿Y á qué hora habéis recibido orden de servir la cena?

— Á las ocho.

— Pues ya son las siete y media, dijo el joven sacando de su bolsillo un magnífico reloj, que antes había ya consultado varias veces; no tenéis tiempo que perder.

— Estad tranquilo por esa parte, que no caerá en falta la cena; he subido solamente para hablaros de la vuestra, pues tengo pensado, si es que lo lleváis á bien, retardarla algún tanto; y ahora lo que conviene es que vuestro compañero, una vez que se tarda, no venga hasta después de una hora, y así ya la encontrará corriente.

— Pues bien, mi querido huésped, dijo el caballero con el aire de un hombre para quien el grave asunto de una comida servida á tiempo no es sino una cosa secundaria; no toméis cuidado por nuestra cena, aun cuando la persona que espero llegase, porque tenemos que hablar. Si la cena no está dispuesta, hablaremos antes de ella, y si lo está, por el contrario, hablaremos después.

— En verdad, señor, dijo el huésped, que sois un hidalgo muy complaciente; y una vez que estáis dispuesto á descansar en mi buen celo, permaneced tranquilo, que no quedaréis descontento.

Dichas estas palabras, Maese Biscarrós hizo al salir una profunda reverencia, á la que el joven contestó con una ligera inclinación.

— Ahora, dijo el joven para sí, ocupando de nuevo con curiosidad su puesto cerca de la ventana, ya lo comprendo todo. La dama estará esperando á alguno que

debe venir de Liburnia, y los hombres del bosquecillo se proponen asaltarle antes de que tenga tiempo de llamar á la puerta de la casa.

Al mismo tiempo que así reflexionaba, y como para justificar la previsión de nuestro sagaz observador, se dejó oír hacia su izquierda el ruido de los pasos de un caballo. La mirada del joven, viva como el relámpago, sondeó inmediatamente la espesura del bosque para espíar la actitud de las gentes emboscadas. Aunque la noche empezaba ya á confundir los objetos bajo una media tinta de oscuridad, le pareció ver que unos separaban las ramas, y que otros se levantaban para mirar por encima de la peña; demostrando tener, tanto el movimiento de éstos como el de aquéllos, todas las apariencias de una agresión. Al mismo tiempo un ruido seco parecido al de montar un mosquete, vino por tres veces á herir su oído haciéndole estremecer su corazón.

Volvióse entonces hacia el lado de Liburnia con el objeto de ver á la persona amenazada por aquel sonido de muerte, y vió efectivamente aparecer sobre un caballo de elegante soltura, y marchando al trote, un lindo joven con la cabeza levantada, el aire de vencedor, y el brazo doblado descansando su mano sobre la cadera: su capa corta y doble de raso blanco, descubría graciosamente su espalda derecha. Desde lejos parecía esta figura llena de elegancia, de muelle poesía y satisfecho orgullo: de más cerca, se descubría un rostro de finos rasgos, animada tez, mirada fogosa, boca entreabierta por la costumbre de sonreír, negro y delicado bigote, y dientes menudos á la par que blancos. El triunfante remolino que con su vara de acebo iba formando, producía un pequeño silvido, semejante al que acostumbraban los elegantes de la época, y que el señor Gastón de Orleans había hecho de moda,

acababan de hacer del nuevo personaje un caballero perfecto, según las leyes vigentes del buen tono en la corte de Francia, que ya empezaba á dar ejemplo á todas las demás de Europa.

Cincuenta pasos detrás de él y montado en un caballo, cuyo paso se regía según la marcha del primero, venía un presumido lacayo lleno de vanidad, que parecía tener entre los criados un rango no menos distinguido que su amo entre los caballeros.

El bello adolescente que estaba en la ventana del parador, demasiado joven aun, sin duda, para presenciar friamente una escena del género de la que iba á tener lugar, temblaba á la idea de que los dos incomparables que tan llenos de indiferencia y seguridad se adelantaban, iban, según todas las probabilidades, á ser pasados por las armas, al cruzar por la emboscada que les esperaba.

Pareció suscitarse en su interior un rápido combate entre la timidez de su edad y el amor á su prójimo. Venió, por último, el sentimiento generoso; y cuando el caballero iba á pasar por delante del parador sin volver aun la cabeza, cediendo á un impulso repentino, á una resolución irresistible, se dirigió al joven, é interpe-
lando al bello viajero, exclamó:

— Deteneos, caballero, si lo tenéis á bien; pues tengo que deciros una cosa importante.

Á estas palabras, el caballero levantó la cabeza; y viendo al joven en la ventana, detuvo su caballo con un movimiento tan rápido, que hubiera hecho honor al mejor escudero.

— No detengáis vuestro caballo, continuó el joven, sino al contrario, acercaos á mi sin afectación y como si me conociérais.

Dudó el viajero un instante; pero cuando observó el aire del que hablaba, pareciéndole que se las había con un noble de buen porte y simpático semblante, se quitó el sombrero, y se adelantó sonriendo.

— Estoy á vuestras órdenes, caballero, le dijo: ¿en qué puedo servirlos?

— Acercaos más, caballero, continuó el de la ventana, porque no puede decirse muy alto lo que tengo que anunciaros. No estéis descubierto, pues es necesario hacer creer que nos conocemos de muy atrás, y que venis á esta posada en busca mía.

— Pero, señor, dijo el viajero; no comprendo.....

— Bien pronto comprendereis, un poco de paciencia: cubrios; ¡ así! aproximaos aún, más cerca, más cerca: dadme la mano, perfectamente; ¡ cuánto me alegro de veros! Ahora no paséis de esta posada, ó de lo contrario estáis perdido.

— ¡ Pues qué hay! me asustáis en verdad; dijo el viajero sonriéndose.

— ¿ No es cierto que os encamináis á aquella casita en que se vé una luz?

El caballero hizo un movimiento de sorpresa.

— Pues bien, en el camino que conduce á ella, allí, en el recodo de la senda, entre aquel sombrío matorral, os están esperando cuatro hombres.

— ¡ Ah! exclamó el caballero mirando con demasiada atención al pálido jovencillo. ¿ Estáis verdaderamente seguro?

— Les he visto llegar unos después de otros, bajar de los caballos, ocultarse los unos detrás de los árboles y los otros detrás de las peñas. Y hace un momento, cuando desembocasteis del lugar, les he sentido montar sus mosquetes.

— ¡ Bravo! dijo el caballero, que comenzaba á sorprenderse á su vez.

— Es tan cierto como os lo digo, continuó el joven del sombrero gris; y si hubiera más luz, acaso podríais verlos y reconocerlos.

— ¡ Oh! dijo el viajero; no necesito reconocerlos para saber ciertamente quiénes son esos hombres. Pero á vos, ¿ quién os ha dicho que yo iba á aquella casa, y que es á mí á quien se está acechando?

— Lo he adivinado.

— ¡ Sois un Edipo muy hechicero, por cierto! ¡ Ah! ¡ me quieren fusilar!... ¿ Y cuántos se han reunido para esta linda operación?

— Cuatro, de los cuales uno parece ser jefe.

— Y el jefe es más viejo que los demás, ¿ no es así?

— Así parece, según he podido juzgar desde aquí.

— ¿ Coreobado?

— Redondo de espaldas, y el rostro agrío é imperioso: también he podido notar que lleva una pluma blanca, ropilla bordada y capa oscura.

— Justamente; ese es el duque de Eperón.

— ¡ El duque de Eperón! exclamó el hidalgo.

— ¡ Ah! Ya veis que os refiero mis secretos, dijo el viajero riendo. Esto no lo hago con todos; pero vos me prestáis un servicio demasiado grande para que no os considere digno de mayor intimidad. ¿ Y cómo van vestidos los que le acompañan?

— De casacas grises.

— Ciertamente, esos son sus bastoneros.

— Que hoy se han convertido en mosqueteros.

— Con bastante motivo, por mi honor. Ahora, ¿ sabéis que deberíais hacer, mi querido hidalgo?

— No, pero hablad; y si lo que debo hacer puede

seros útil, desde luego estoy dispuesto á servirlos.

— ¿Tenéis armas?

— Pero... Sí, tengo mi espada.

— ¿Tendréis lacayo?

— Sin duda; pero no está aquí, le he mandado al encuentro de un sujeto que espero.

— Pues bien, deberíais ayudarme.

— ¿Á qué?

— Á cargar á esos miserables, y hacerles pedir perdón, tanto á ellos como á su jefe.

— ¿Estáis loco, caballero? exclamó el joven con un acento que probaba que por nada en el mundo estaba dispuesto á una expedición semejante.

— En efecto, os pido perdón, dijo el viajero: me había olvidado de que el negocio no os interesa.

Después, volviéndose hacia su lacayo, que al ver detenido á su amo, había por su parte hecho alto conservando su distancia, le dijo:

— Castorín, ven acá.

Llevando al mismo tiempo la mano á las pistoleras de su silla, como para asegurarse del buen estado de sus pistolas.

— ¡Ah! caballero, exclamó el hidalgo extendiendo el brazo como para detenerle; caballero, en nombre del cielo, os suplico que no arriesguéis vuestra vida en semejante aventura. Entrad más bien en la posada, y así no daréis ninguna sospecha al que os aguarda; pensad que se trata del honor de una mujer.

— Tenéis razón, dijo el caballero; aunque en esta circunstancia no se tratase precisamente del honor, sino de la fortuna. Castorín, amigo, continuó dirigiéndose á su lacayo, que ya se había acercado; no pasamos por ahora más adelante.

— ¡Cómo! ¿Qué decís, señor? exclamó Castorín, casi tan desconcertado como su amo.

— Digo que la señora Francineta se verá esta noche privada del placer de veros, en atención á que la pasamos en el parador del Becerro de Oro: entrad, pues, y mandad disponer la cena y la cama.

Y como el caballero se apercibiese sin duda de que el señor Castorín se disponía para replicar, acompañó sus últimas palabras con un movimiento de cabeza que no admitía una larga discusión: así, pues, Castorín, bajando sus orejas y sin atreverse á aventurar una sola palabra, desapareció bajo la puerta principal.

Siguió el viajero á Castorín un momento con la vista, y después de haber reflexionado, pareció que tomaba una resolución; echó pie á tierra, dirigiéndose á la puerta, por la que ya había entrado su lacayo, el cual le salió al encuentro; el caballero echóle sobre el brazo la brida de su caballo, y en dos brincos subió á la habitación del joven, quien al ver abrir tan súbitamente su puerta, dejó escapar un movimiento de sorpresa mezclada de temor, que el recién llegado no pudo observar á causa de la oscuridad.

— Esto no admite réplica, dijo el viajero acercándose festivamente al joven y estrechando cordialmente una mano que no se le tendía: no cabe duda, amigo, os debo la vida.

— Caballero, dijo el joven dando un paso atrás; exageráis demasiado el servicio que os he prestado.

— Nada de modestia, es lo mismo que os lo digo; conozco bien al duque: es brutal como un diablo. Pero vos sois un modelo de perspicacia, un fénix de caridad cristiana. Mas decidme: vos que sois tan amable, tan

30000

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO